

# LIBROS

## Los anuarios políticos del año (Tradición liberal renovada)

Los cambios estructurales sobrevenidos en la sociedad española de los años sesenta y el proceso político interno desencadenado por tales cambios, al calor de la obligada estrategia de la europeización —más bien económica— por la vía tecnocrática del «desarrollo» parecen desembocar en una complejidad creciente de las expectativas políticas en la salida de la década del sesenta y entrada en los años setenta. «En estos momentos surgen, junto a los primitivos partidos liberales de cuadros, los nuevos partidos de masas, particularmente los partidos obreros. Es la situación conflictiva clave en el proceso de consolidación del Estado liberal» (1). En este contexto histórico concreto que amaga un nuevo pluralismo para la sociedad española de nuestro siglo, se ha reanudado felizmente, en el presente año, una tradición que durante el agitado período denominado «medio siglo de oro liberal» generó toda una serie de anuarios y años políticos que constituyen hoy un bagaje de inapreciable valor para las ciencias sociales y la historiografía. «Cambio social y modernización política» («Anuario político español, 1969»), hace unos meses, y «Anuario político español, 1970» (2), ahora, son los dos primeros volúmenes aparecidos en la colección ITS, donde también vienen publicándose, desde 1968, los informes económicos anuales realizados por nuestros compañeros J. Muñoz, J. L. García Delgado y Santiago Roldán. Tanto el primer volumen, que ya conocerán muchos lectores, como este último aparecido constituyen instrumentos de consulta de gran interés para politólogos, estudiantes, periodistas, sociólogos, etcétera, ya que reúnen una amplia información y documentación que fija los hechos fundamentales del año y compilan gran parte de sus datos, noticias y documentos legales más significativos.

Los hechos y documentos están articulados en torno a los siguientes apartados: a) Cronología —intencionada y totalizadora— de los sucesos y acontecimientos cotidianos, ampliada en el segundo volumen. b) Colección documental, textos legislativos básicos, polémicas políticas más significativas para dibujar las líneas de fuerza de la situación. d) Análisis interpretativos, algunos interesantísimos y otros con lagunas disculpables, dado el carácter azaroso y naturalmente provisorio de ciertos temas. A esta sistematización común de ambos anuarios hay que añadir los gráficos, mapas, listas de clase dirigente y, muy especialmente, el trabajo de introducción histórica en el primero de ellos relacionando los procesos de cambio social con la dinámica política del sistema. Esta introducción podría, por sí sola, constituir uno de los libros que más brillante y críticamente han analizado el devenir de la «modernización» como conflicto recurrente. La vocación de continuidad sistemática, que parece animar al equipo dirigido por Martínez Cuadrado, podrá, sin duda, en nuevas experiencias, añadir apartados y corregir deficiencias. La iniciativa es, en principio, de una gran utilidad, ya que son escasos y costosos los informes globales que sobre la sociedad española han aparecido hasta ahora; éstos añaden un nivel teórico y una visión crítica que no poseían algunos muy afamados realizados desde la perspectiva analítica. ■ F. ALMAZAN.

(1) «Cambio social y modernización política» («Anuario político español, 1969»), 623 páginas. En la introducción de Alfonso Ortí. Edicusa, 1970.

(2) «Anuario político español 1970», 870 páginas. Edición de Miguel Martínez Cuadrado, Alfonso Ortí Benlloch, José Antonio Gabriel y Galán, José Ignacio Cases, Luis Enrique de Salamanca, Emilio Gilolmo, Juan María Laboa, Juan Antonio Peredo y Miquel Àngel Ruiz de Aza. Gráficos, mapas y colaboraciones de Pablo Morato, Eusebio González García y Juan Luis Paniagua Soto. Es el mismo equipo aumentado que en el anterior Anuario, en el que también colaboró Javier Manzana Martos Edicusa, 1970.

## borges: los trucos perfectos

Tres ediciones recientes de Borges —El Aleph, Ficciones, Historia de la Eternidad, Alianza Editorial, 309, 320 y 338— están constituyendo uno de los éxitos más rotundos del año librero. Los dos primeros son libros de relatos; Historia de la Eternidad no tiene género, como los ángeles, aun-

que venga rotulada de ensayo. Júzuelos como quiera el consumidor. Aquí no hablaremos de ellos expresamente, sino de una cuestión más general, que no deja de ser inquietante y difícil de entender: el éxito masivo de eso que se conoce por «estética de la inteligencia» borgiana.

Nadie se sorprende de que una prosista excepcional como Borges tenga éxito. Lo raro es que una cultura más bien precaria como la nuestra digiera una obra tan refinada y elitista, que exige un considerable despliegue de atención y un desarrollado hábito de la ironía para su mediano entendimiento. La obra de Borges es, por lo demás y fundamentalmente, un montaje retórico, en el que los trucos del oficio han logrado una perfección inigualable en base, sobre todo, a un complejo sobrentendido que juega entre el escritor y la minoría de los «estetas inteligentes» a que se dirige en sus obras.

El truco del estilo, por ejemplo, es singular a mi modo de ver. Es admirable la habilidad con que Borges hace pasar por novedad la recreación de la cadencia barroca, conceptista o culterana, según los

orientales tan característicos del autor. No se puede negar que el efecto de esta ingeniosa mezcla seduce literariamente. Pero, mirado con atención, el mosaico resulta artificial. Creo, en este sentido, que Borges, más que un nuncio, como alguien decía hace poco, es una reliquia, y creo que no puede explicarse su aceptación, por parte de un público amplio sin remitirla al extraño fenómeno que es la estimativa literaria actual y al gusto por ciertas extravagancias estilísticas que ha propagado el crecimiento del mercado.

Uno estaría dispuesto a aceptar que la búsqueda de la expresión narrativa es operación muy personal y no tiene límites para cada autor y, por supuesto, que éste puede recurrir al magma barroco si cuadra a su propósito. Pero tengo que confesarme incapaz para entender las razones que puede tener un escritor porteño, por muy eximio que él se precie, para decir, ponga por caso, cosas como «vano empeño componer vastos libros» y tantas otras del mismo denegue que, la verdad, suenan un poco a literario tangazo.

Claro que éste no es el único truco. Hay, por lo demás, más de cuatro escritores latinoamericanos que han asimilado formas literarias del pasado hispano y lo han puesto al día sin que por ello se resienta su estilo de arcaísmo o banalidad. Ahí está Neruda confesándose discípulo de Quevedo y ahí están, inconfesos, Juan José Arreola, Mariano Azuela, Juan Rulfo y, en mi sentir, también Cortázar y García Márquez... La cuestión no es, pues, estilística, sino, como diría el propio Gracián, de fondo, y hay que buscarla en la maníaca voluntad de estilización, no sólo de las formas, sino de las figuras y los temas, que acabó por convertir a Borges en esa especie de aprendiz de brujo que fue antes de llegar a brujo adulto. Leer hoy los relatos de Borges —después de lo que nos ha enseñado el famoso «boom»— no tiene más sentido que el de las notables excepciones en que el autor olvida el protocolo borgiano y se echa a escribir en ancha lengua criolla historias que puede entender cualquiera. Es decir, precisamente las que se quedarían fuera de una «estética de la inteligencia».

En los demás casos —como en las digresiones inconcebibles de la Historia de la Eternidad—, Borges tengo la impresión que toma un poco el pelo al planeta de los gustos. Hay una frase, en esa peregrina historia que se llama «El acercamiento a Almotásim»,

que bien puede tomarse por medida de su intención lúdica y que él atribuye a Cervet: «Arderé, pero ello no es otra cosa que un hecho. Ya seguiremos discutiendo en la eternidad». Conmigo que no cuentan. ■ J. A. GÓMEZ MARIN.

## Las rumbas de Joan de Sagarra

Hace pocos días, un lector del diario barcelonés «Tele-Expres» resumía bastante fielmente la actitud de la mayor parte de lectores, con respecto a la sección habitual «El día de siempre», que firma Joan de Sagarra: «Al principio —venía a decir el lector— me irritaban, pero ahora confieso que es uno de los rincones del diario que busco con mayor afición». Sagarra es, hasta ahora, un escritor de periódicos de los que obligan a los lectores a aprender a leer. Parece un ejercicio perfectamente inútil, tratándose de un medio de comunicación de masas, pero la condición previa para degustar a Sagarra es descubrir unas claves, deducir un código de lectura en el que tiene especial importancia transigir con los talentos del escritor. Talentos variadísimos y variadizos.

Con todos estos problemas, en el contexto de un periodismo que sólo utilizaba la elipsis para hablar de Matesa o de la politiquería madrileña, la sección de Sagarra parecía condenada al fracaso. En el principio se determinaron bandos irreconciliables: pro Sagarra, anti Sagarra. Se le admiraba y se le odiaba. La mayor parte de los odios suscitados por «El día de siempre» respondían al despliegue de mecanismos de autodefensa por parte del lector agredido por un lenguaje inusitado. Las crónicas de Sagarra eran una mezcla de insultante autosuficiencia, cultura y subcultura francesa, cultura y subcultura catalana, mitos y símbolos de un universo exclusivamente personal y una posición moral de perdonavidas histórico. Y, sin embargo: se mueve. ¿Por qué? Porque el estilo de Sagarra, sus continentes expresivos, eran la expresión misma de impotencias personales, coyunturales, comunitarias. El periodista conseguía una identificación medio-mensaje condicionada por la angustia de una realidad mediocre y confiada.

El origen de «El día de siempre» fue el propósito de resucitar los Aperiitivos, que escribía el padre de Sagarra (Josep Maria) en la prensa



casos, consiguiendo que le lea un público que no sería capaz de hojear siquiera a Gracián, a Góngora o a Saavedra Fajardo, fuentes más o menos declaradas, pero evidentes, del experimento. La sorpresa crece, además, si se mira de cerca el truco del collage estilístico que supone incrustar en el fondo de una prosa deliberadamente barroca elementos de contraste tan ajenos como son la onomástica anglosajona y escandinava o los motivos